

SERRANO OCEJA, JOSÉ FRANCISCO: *La obra publicística de Lamberto de Echeverría y Martínez de Marigorta*, Publicaciones de la Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 1999, 303 pp.

Hace escasos meses, el autor del presente trabajo lo defendía como Tesis Doctoral en la Universidad Pontificia de Salamanca, en cuya Facultad de Periodismo ejercía como profesor. Tuve el placer de formar parte del Tribunal que entonces hubo de juzgar la labor desarrollada por Francisco Serrano y que personalmente tanto me interesaba, por el personaje central al que se hace referencia, D. Lamberto de Echeverría, mi maestro, y por constituir de alguna forma la crónica de un tiempo que me tocó vivir de cerca y profundamente.

Acepté pues mi papel juzgador, no tanto como experto en periodismo, que indudablemente no lo he sido aun a pesar de algunos pinitos de mi etapa juvenil, sino como «testigo real» al haber vivido profesionalmente con D. Lamberto por más de veinticinco años. Bien es cierto que mi intervención en la vida y actividad de «Incunable» o de «PPC» no fue ni tan extensa ni tan intensa como en la faceta universitaria del egregio profesor salmantino; pero indudablemente sí me concede alguna competencia para hablar y escribir de ese largo período de tiempo con conocimiento de causa.

Por eso posiblemente pueda comenzar, aunque no sea habitual, señalando que el libro se lee con fruición, y es posible que algunos lo contemplen también con nostalgia y afecto: son tantos los aconteceres, las personas inolvidables que aparecen (unos vivos, a Dios gracias; otros durmiendo el sueño de la paz, como él solía decir refiriéndose a los ya difuntos), los datos, las anécdotas... Y conste que en ocasiones no resulta nada fácil compaginar el rigor científico con la amabilidad de exposición. Como tampoco lo es arriesgarse a escribir intentando buscar la verdad a través de documentos inéditos, relatos de personas coetáneas del biografiado, etc.; porque siempre puede quedar el testigo directo que rectifique datos, que mantenga tesis opuestas. De ahí el mérito que supone y le concedemos a este volumen.

La obra, primera que se publica sobre D. Lamberto de Echeverría, se divide en una primera parte que podríamos considerar biográfica, y una segunda en la que el autor centra su estudio en dos hitos importantes de su faceta publicista: «Incunable» y «PPC». Y como un serio trabajo de investigación termina ofreciéndonos (y en este caso de forma necesaria) las fuentes primarias y secundarias, la metodología empleada, un apéndice y un índice onomástico.

Sin duda, el estudio y recuerdo de cualquier figura importante comienza por revelar lo que fue y representó, y podría completarse con una especulación sobre lo que haría actualmente si viviese. La monografía que comentamos se centra en el primer aspecto, no cerrando la posibilidad de acometer el segundo en el

futuro. Y dentro de su objetivo toma una faceta, la publicista, de D. Lamberto como muestra de que la Iglesia también fue en determinados momentos pionera en el complejo mundo de la comunicación: hablar del «Debate» y los periodistas en él formados, de revistas como *Aquisgrán*, *Surge*, *El Ciervo* o *Vida Nueva*, de reuniones como las «Conversaciones de Gredos», etc., certifican aquella realidad. Se contempla pues su figura más en su faceta externa que en su dimensión como sacerdote y profesor.

Es verdad que él, junto a otros muchos, logró escribir sin duda páginas de intrahistoria española, que conviene sacar a la luz para poder entender mejor la sociedad de la época, las relaciones Iglesia–Estado en una etapa a veces nada fácil, el espíritu innovador de determinados grupos intelectuales, etc. Y es bueno recoger aquellas enseñanzas para evitar posibles errores futuros, no echar por la borda los esfuerzos realizados y tratar de interpretar mejor el tiempo presente. Ciertamente D. Lamberto podía haber escrito sus propias memorias, y no faltaron quienes así se lo sugirieron muchas veces (Antonio García Fraile o yo mismo); le hubiera resultado muy sencillo dada su facilidad con la pluma y el ingente material que contenía su «diario» recogido día a día a lo largo de muchísimos años.

Ahora se pretende rescatar la intensidad de una vida y enjuiciar el enorme cúmulo de actividades que desarrolló. En este sentido no resulta nada fácil definir su enorme dimensión en todos los sentidos. José María Javierre escribió sobre él que era «un tipo humano irreplicable... un espectáculo, una hoguera, un musical» (*YA* de 13 de febrero de 1987); y, a fuer de arriesgado, diría yo, refiriéndome a su faceta publicista de la que trata la obra, que era un hombre ansioso de romper barreras, de anticiparse al tiempo, de abrirse a los signos de la modernidad, de intentar ser siempre testigo del Evangelio en la sociedad que le tocó vivir. Y para eso había que estar dotado, ser capaz de utilizar la pluma con una facilidad que le llevó en ocasiones a comentar que «escribir era para él una especie de deporte que practicaba con gusto y sin apenas esfuerzo».

LAS GRANDES FACETAS DE SU OBRA PUBLICISTA

José Francisco Serrano Oceja, lógicamente, como periodista que es, prescinde de la faceta que corresponde al D. Lamberto como profesor universitario y hombre de «ciencia». Se limita a adentrarse en esa otra, sin duda también interesante, que fue la de escritor y director de empresas editoriales o de divulgación. Y bajo ese prisma pone su mirada fundamentalmente en dos de las labores que más tiempo le tuvieron dedicado: «Incunable» y «PPC» como tareas que comenzaron en 1948 y 1954 respectivamente y que habrían de ocuparle de una u otra manera hasta el final de sus días.

¿Cuánta fue su influencia en este campo? Uno de sus buenos amigos, el sacerdote y periodista portugués A. Mendes Fernandes, escribió en *Noticias da Co-*

vilha que «sin D. Lamberto no se puede escribir la historia de la espiritualidad sacerdotal en España, de los años 40 a los 70».

«INCUNABLE» surgió como un periódico sacerdotal que permitiera a los alumnos de la Universidad Pontificia adiestrarse en la escritura religiosa, y como una manera de propagar los estudios sacerdotales y actualizar la formación de los clérigos. Un grupo de sacerdotes jóvenes buscaban lanzar una revista que rompiera moldes y pudiera influir en la orientación apostólica e intelectual del clero español. Se pretendía conectar con el pensamiento contemporáneo y evitar que religión y modernidad viviesen de espaldas.

Y como toda obra que comienza, los primeros pasos a dar no fueron fáciles. Hubo de hacerse frente a no pocos problemas, entre los que no fue el menor el de la financiación. Se echó mano de donativos, suscripciones a precio especial (para los seminaristas), rebajas en el presupuesto de imprenta, etc., hasta el punto que, ya a los pocos años, se temió que hubiera que dar cerrojazo a la naciente obra. Pero un grupo entusiasta de personas lograron llevar a buen puerto lo que parecía casi inviable: Luis Sala Balust, Casimiro Sánchez Aliseda, José María Burgos, Casiano Floristán, Manuel Useros, Martín Descalzo, Antonio Montero, y también algunos laicos como Vizcaíno Casas, Francisco Izquierdo, Pedro García Casado, Manuel Calvo Hernando, José María García Escudero, Joaquín Ruiz Giménez y algún otro, formaron parte de los Consejos de Redacción o pusieron su pluma al servicio de un ideal que de alguna forma compartían.

¿Cuánto de «Incunable» se debe a Don Lamberto? Sin menospreciar lo más mínimo a ninguno de los antes referidos, yo diría que muchísimo: el autor se ha molestado en recoger de forma expresa (p. 162) el número de escritos que publicó en esa revista, y resaltan nada menos que 1.073 colaboraciones (desde «editoriales» hasta «semblanzas»).

Por otro lado constata el autor de la monografía que, tirando unos cuatro mil ejemplares de media, su vida pasó por cuatro etapas: el inicio, la consolidación (década de los 50), la transición (década de los 60), y la crisis (desde 1970 a su final en 1976). Puede fácilmente comprenderse que a lo largo de tal andadura tuvo elogios y críticas, amigos y enemigos. Desde el interés y apoyo de Mons. Gaetano Cicognani a ciertos recelos en algún momento del propio obispo de Salamanca Mons. Barbado Viejo (cuando pensaba que era literariamente hablando muy modernista). Pero los ataques peores le llegaron en su última etapa, a causa de sus críticas a la situación del sacerdocio y la formación en los seminarios tal y como se llevaba a efecto en nuestra nación, o cuando se posicionó claramente a favor del «clerygman» y contra las «sotanas» como nueva forma de presentarse socialmente los clérigos, o cuando recibió el recelo de la Santa Sede por las noticias que daba sobre la Iglesia católica holandesa.

Tampoco podía faltar, como fácilmente puede colegirse, el roce con las autoridades civiles, que provocaron la apertura de sendos expedientes ante el Tri-

bunal de Orden Público. Finalmente, como en cualquier grupo humano, se dieron también pequeñas rencillas y tensiones internas. Se cumplió, a pesar de todo, el objetivo marcado, quedando en el camino la ilusión de poder sacar a la calle un «Incunable» para seglares, tal y como llegó a pensarse en algún momento.

Y de alguna manera relacionada con esa empresa periodística va a tener gran importancia en la vida de D. Lamberto y en la colectividad religiosa española la que comenzó a denominarse «Propaganda Popular Católica» (PPC). Se trataba de otra interesante idea, cual era la de publicar libros y folletos de cultura religiosa o sobre temas con repercusiones para la vida religiosa.

También aquí podríamos hablar de varias etapas que van a ir sobreponiéndose a medida que las circunstancias lo pidan: la «Colección Remanso» (1952) donde aparecieron títulos como «Ascética del hombre de la calle», «Los sacerdotes obreros» o «Valores filosóficos del catolicismo».

Luego vendría el viejo e inacabado sueño de editar la revista *Aquisgrán*, con amplias perspectivas y abierta a la modernidad y a cualquier ciudadano con inquietudes culturales, aunque con una clara inspiración católica.

Y, finalmente, aparece PPC buscando también (en formato, contenidos y estilo) nuevas fórmulas para la formación popular del sentimiento religioso español. Mons. Antonio Montero tuvo mucho que ver en esta iniciativa, alentada desde el comienzo por el cardenal Pla y Deniel.

A partir de 1954 comenzaron a salir a la luz un promedio de dos folletos al mes, con una tirada de 5.000 a 10.000 ejemplares, haciéndose posteriormente de bastantes de ellos nuevas ediciones y traduciendo a otros idiomas. Los temas tratados fueron muchos y muy variados: desde «Hijos ¿cuántos?», a «El Papa es así», «Padre... confíeseme Vd.», «Matrimonios S.A.», «¿Vale la pena vivir?», etc.

Poco a poco se fue recorriendo un largo y fecundo camino. El éxito impulsó al poco tiempo a refundir diversas iniciativas en lo que se denominaría más adelante «Sodalicio PPC», buscando nuevas vías y más amplios horizontes, pero siempre tratando de guardar celosamente tres características: el dirigirse principalmente al pueblo llano, a las clases populares; la flexibilidad como camino para una renovación permanente, y la diversificación de medios. Por eso, en su amplio espectro, se crearon «librerías» propias, «ediciones», «distribuidoras», y también el lanzamiento de medios audiovisuales (discos, programas radiofónicos, etc.). Incluso llegó a pensarse en tres grandes líneas de actuación, de acuerdo a públicos concretos: una perspectiva juvenil (Revista «Tres Amigos», folletos «Altamar» y «Talitha»), otra mirando fundamentalmente al mundo rural, y un departamento de radio y cine (no llegándose, bien a pesar de todos, a poseer alguna emisora propia).

No recoge Francisco Serrano algunas otras publicaciones que bien podrían ser encuadradas en la faceta publicística de D. Lamberto. Por ejemplo, la dirección y publicación del «Año Cristiano» por la BAC y que sin duda es una obra

importante que costó bastante trabajo el realizarla. O la edición española del «Libro de la Familia», adaptación de la que en Francia había dirigido Paul Wininger, y que logró más de catorce ediciones con una tirada total cercana a los 100.000 ejemplares. O la adaptación que se hizo, desgraciadamente no llegó a publicarse, de «Vivir».

Terminaría señalando el mérito que supone el sacar a la luz materiales inéditos, el acierto de homenajear a una figura señera, y el deseo que esta obra sea el inicio de otros trabajos complementarios. Y si tuviera que dar una explicación última sobre esta faceta de la vida de D. Lamberto, yo traería a colación, sin duda, el viejo e interesante libro de Antonin-Dalmace Sertillanges editado por Du Cerf en 1934, y traducido al castellano en Edit. Estela 1965, con el título «La vida intelectual»; lo había leído durante sus estudios sacerdotales y lo ojeaba de nuevo cada cierto tiempo. En su primera página, dedicándomelo, tiene escrito de su puño y letra: «Es uno de los que más me ha impresionado en mi vida. Medita sobre lo que dice, y en él encontrarás el estilo de vida del intelectual católico». Y su filosofía central publicística podría resumirse así: «tenemos ideas... pero escribimos mal y presentamos mal. Hay que cambiar, romper moldes tradicionales, adaptarnos a los tiempos... hacernos entender». Lo que pensaba lo puso en práctica, y si «obras son amores» quedó su ingente legado, que ahora comienza a estudiarse.

LUIS PORTERO SÁNCHEZ

VV. AA. (coordinados por Alberto de la Hera y Rosa María Martínez de Codes): *Encuentro de las tres confesiones religiosas: Cristianismo, Judaísmo, Islam*, Ministerio de Justicia, Secretaría General Técnica, Madrid 1999, 195 pp.

Sabido es que la falta de acuerdo doctrinal sobre la denominación del principio del Derecho eclesiástico español contenido en la primera frase del artículo 16.3 de la Constitución (cfr. Joaquín Calvo-Álvarez, «Los principios informadores del Derecho Eclesiástico Español en la doctrina», *ADEE*, vol. XIV, 1998, pp. 212-215) obedece no sólo a la opción léxica de la mayor complacencia de cada autor, sino a que con frecuencia alcanza una importante relevancia semántica, escondiendo –o más bien revelando– una diversa comprensión del alcance del principio. Más en concreto, la terminología adoptada guarda estrecha relación con el valor otorgado al otro principio que, a modo de contrapeso, enuncia la segunda y más larga frase del citado precepto constitucional. Porque, si se quie-